

Al rey aclamó en voz alta,  
Y quedaron las cabezas  
Descubiertas y humilladas.  
Y luego con voz solemne  
Habló con estas palabras :  
«La princesa doña Luz  
«De incontinencia acusada  
«Y condenada á la hoguera  
«En nombre de Dios reclama  
«Como permiten las leyes  
«Un caballero que salga  
«Por su honor, si es que hay alguno  
«Que admitiere la demanda.  
«Un plazo de un mes y un día  
«Dió el rey por última gracia  
«Siendo el primero que corre  
«El que va de la semana.»

Y las frases de costumbre  
Añadiendo, dió la espalda  
A la multitud absorta  
Y volvió á salir de Alcántara.  
Quedó en silencio la gente  
Que allá en su interior pesaba  
La grandeza de un delito  
Que á los príncipes alcanza.  
Y con los ojos en tierra  
Cada cual por sí evitaba  
Del valiente Godofredo  
Encontrar con las miradas.  
Hasta que al fin viendo este  
Que no hay una sola lanza  
Dispuesta á hacerse pedazos  
En honor de la acusada,  
Pidió en voz alta la suya,  
Pajes tomó y gente de armas  
Y dió la vuelta á Toledo  
Descolorida la cara.

Pero ningún caballero  
Salió tras él, que está clara  
La voluntad de su rey,  
Pues lo permite y lo manda.

#### IV.

#### EL PLAZO.

¡Ay triste de quien llora  
Y en soledad amarga  
Los perezosos días  
Numera con afán,  
Y puede solamente  
De su existencia larga  
Temer los venideros  
Llorar los que se van !

¡Ay triste del que jónen  
Y alegre todavía  
Sus horas de ventura  
Recuerda con dolor,  
Y siente que aun adora  
Su ardiente fantasía  
La fugitiva sombra  
De su perdido amor !

¡Ay de la esposa triste  
Que del esposo léjos  
Con tierna voz le llama  
Y él á su voz no vá!  
¡Ay sí, de quien no tiene  
Ni amigos ni consejos,  
Y el plazo de sus días  
Determinado está !

¡Ay de la hermosa y noble  
Cuanto infeliz princesa,  
Que á los pintados vidrios  
Sentada sin cesar,  
Desesperada aguarda  
De incertidumbres presa  
La vuelta del que solo  
La puede consolar !

En vano sus miradas  
Por el camino tiende  
Por donde puede acaso

Su rondador venir.  
Y en vano nuevas suyas  
Dar á su amor pretende  
Si no las pueden ambos  
Ni dar ni recibir.

¡Oh Zéfiros ligeros  
Cuyo murmullo errante  
Espira entre las hojas  
Del árbol y la flor ;  
Vosotros que el espacio  
Cruzaís en un instante  
Llevad al caballero  
Las cuitas de su amor !

¡Palomas de los valles,  
Que al pié de su ventana  
Con vuestro blanco esposo  
A reposar venís,  
Doleos de la hermosa  
Que morirá mañana  
Si al valeroso amante  
Su mal no le decís !

¡Espíritus sin cuerpo  
Que en medio las tinieblas  
Estremeceís el aura  
Con misteriosa voz ;  
Contadle las que apiña  
Desapiadadas nieblas  
Sobre su triste vida  
La tempestad veloz !

Volad hasta encontrarle  
Decidle quien le espera,  
Que rasgue los hijares  
De su leal corcel,  
Y que se lance al bro  
De su veloz carrera...

Mas ¡ay! que será tarde  
Cuando llegueis á él.

—  
Mañana no habrá tiempo,  
Porque de plebe henchida  
Del polvoroso circo  
La redondez fatal,  
En medio de la arena  
Dará la dulce vida  
La que desgarrá el velo  
De la lujuria real.

—  
Mañana espira el plazo:  
¡Valientes caballeros,  
Mañana es el combate  
Y aun falta justador!  
Jamás peor parecen  
Que limpios los aceros,  
Lidiad por la belleza,  
Lidiad por el honor!

—  
Mas ¡ay! que habeis nacido  
De estirpe cortesana,  
Y cortesanos torpes  
De corazon servil,  
Adorareis cobardes  
La imágen soberana,  
Aunque los piés os ponga  
Sobre la frente vil.

—  
Lo sé: para vosotros  
No hay honra ni grandeza  
Que iguale á la sonrisa  
O la amistad de un rey,  
Y pues el rey condena  
La dicha y la belleza,  
Que espire bajo el peso

—  
Brilló la fatal aurora  
Limpia, apacible y serena,  
Porque las penas del hombre  
A los astros no interesan.  
Brilló, y donde el plazo acaba  
El juicio de Dios empieza,

De la nefanda ley.

—  
¡Traidores! como viles  
Que al fin habeis nacido  
La gloria vuestro nombre  
Jamás recordará,  
Y el harpa del poeta  
Que os deja en el olvido  
Primero que nombraros  
Sus cuerdas romperá.

—  
¡Mas quiero verlas rotas  
Y rota mi garganta  
Que nombres recordando  
De gentes sin valor!  
Mi voz no está vendida,  
Y solamente canta  
Los que valientes fueron  
Con gloria y con honor.

—  
¡Ay cuán en vano acechan  
De doña Luz los ojos  
Allá desde su torre  
Por si venir le vé,  
Pues de vosotros no halla  
Quien calme sus enojos,  
Ni quien la dé esperanza,  
Ni proteccion la dé.

—  
¡Ay de la esposa triste  
Que del esposo léjos  
Con tierna voz le llama  
Y él á su voz no vá!  
¡Ay si, de quien no tiene  
Ni amigos ni consejos  
Y el plazo de sus días  
Determinado está!

Si es que Dios toma su parte  
Donde hay injusticia y fuerza.

—  
La muchedumbre se lanza  
Precipitada en la vega,  
Toledo en yermo se torna,  
Y el ancho circo se llena.  
Asi se lanza en el valle  
Banda de buitres hambrienta  
A cebarse sanguinaria  
En la moribunda presa.

—  
¿Qué importa que el condenado  
Larga agonía padezca  
Como en nombre de quien vence  
La multitud se divierta?  
¿Qué importa que quien espira  
Sea inocente ó no sea  
Como con pompa concluya  
Y en espectáculo muera?

—  
¿Qué importa que los insultos  
De mil insolentes lenguas  
De oprobios colmen la víctima  
Y centupliquen su pena,  
Y que ella desesperada  
En su venganza consienta  
Y el alma ansiosa de sangre  
Miseramente se pierda?

—  
¿Qué importa, si la canalla  
Diz que en su ejemplo escarmienta  
Y amor cobra á la justicia,  
Aunque viene á escarnecerla!  
¡Pobres humanos! ¡Imbéciles  
Hijos de la madre tierra  
Cuando ostentais mas poder  
Se vé mas vuestra miseria!  
Leyes y penas hicisteis  
De la virtud en defensa  
Y cada pena tomáis  
En vez de escarmiento á fiesta.

—  
Pero asi van de este mundo  
Todas las cosas, revueltas,  
Van todos á donde estorban  
Y lo que les cumple dejan.  
Que al cabo no es la canalla  
Quien reparte la sentencias,

Y viene á ver como cumplen  
Los condenados por ellas!  
No es ella del fin del hombre  
Quien ha de pedirle cuentas,  
Y con descaro examina  
Quien va sereno ó quien tiembla.  
Vulgaridad insolente  
É impía además de necia,  
Pues quien á morir camina  
Por Dios que no representa;  
Que no hay en ello mas paso  
De sátira ó de comedia  
Que el perdon que él da á una turba  
Que está para él sorda y ciega.  
¡Acaso en el mundo luego  
Doble su memoria queda,  
Y unos por traidor le infaman,  
Y otros por leal le aprecian...!  
Pero tales son del mundo  
Las ridículas quimeras,  
Y acaso lo que hoy es culpa  
Mañana mérito sea.

El sol se viene arrastrando  
Su magnífica lumbrera,  
Y ya á gran trecho del cielo  
Avanza su luz espléndida.  
La escarcha tornasolada  
Se desvanece en la yerba,  
Y en transparentes vapores  
Huye á lo léjos la niebla.  
Óyese el Tajo espumoso  
Murmurar entre las peñas,  
Con el canto de las aves  
Que las orillas le pueblan,  
Y que al son de su corriente  
Desvanecidas se alegran,  
Y le beben los cristales  
Y le pican las arenas.  
¡ Hermosa está la mañana  
Y está la naturaleza  
En su claridad bañándose  
Encantadora y risueña!  
Suave y natural frescura

Perfuma el aire, y penetra  
En el cerebro alejando  
Melancólicas ideas.  
La vista cruza la atmósfera  
Hasta una distancia inmensa  
Por entre su velo diáfano  
Perdiéndose sin violencia.  
Y los objetos reciben  
De la luz formas tan bellas,  
Que enamoran los sentidos  
Con mil ilusiones nuevas.  
Un pajarillo volando  
Si pasa rápido y cerca  
Bajo sus alas tendidas  
Mil tornasoles refleja;  
Mil armónias silvestres  
Del pico parlero suelta,  
Y tras su rápida sombra  
Ojos y oídos nos lleva.  
Una triste florecilla  
Que en los céspedes vegeta,  
A la luz pura del alba  
Ricos matices ostenta,  
Y aroma grato despide,  
Y jugo abundante deja,  
Y el caliz dó el semen guarda.  
Menudas hojas conserva.  
Y si la flor por acaso  
Crece en una áspera piedra  
En un carcomido muro,  
O de un tronco en una grieta  
Y allí libre y encumbrada  
Su forma al aura presenta  
Y la estremece vagando  
Sutil el aura y risueña...  
¡ Oh! delicia de los ojos,  
Dulce iman de las inciertas  
Memorias mal adormidas  
Nos encanta y enagena  
La florecilla silvestre;  
Y tanto bien nos recuerda  
Que nos detiene á mirarla...  
Y ¡ qué embeleso se encuentra,  
Qué de ilusiones suavísimas,  
Qué de deleites en ella!

¿Cómo pensar en desastres,  
Ni cómo tender tras verla  
Los desencantados ojos  
Por la ensangrentada arena?  
Mas ¡ay! que ya por Toledo  
Las roncas trompas resuenan  
Y se oye son de caballos,  
Y vivas, que la presencia  
Anuncian del rey Egica,  
Cuya venganza no alteran  
Ni la beldad de la víctima,  
Ni la crueldad de la pena.  
Allá en el extenso circo  
La muchedumbre que espera  
A las ventanas se agolpa  
Y se empuja y se atropella.  
Los que no ven se encaraman,  
Los oprimidos se quejan,  
Los ventajosos insultan,  
Los pendencieros contestan,  
Y crúzanse las palabras,  
Y trábanse las pendencias,  
Y las puñadas se emprenden,  
Y la chusma se rebela.  
Gritan unos—*¡Que se matan!*  
Otros gritan—*¡vayan fuera!*  
Los que ven gritan *¡ya vienen!*  
Y aplauden y victorean.  
El rey al cabo en el circo  
Con sus cortesanos entra,  
Y cada cual toma puesto  
Y la multitud se aquieta.  
Vuélvense todos los ojos  
Al sitio dó el rey se sienta,  
Y al fin como hay que ver algo  
La multitud se contenta.  
Los que aguardaban ya dentro  
Saludan á los que llegan,  
Los recién llegados buscan  
A los que saben que esperan.  
Y crúzanse besamanos,  
Nombres, sonrisas y señas,  
Y repárase en el lujo,  
En la gracia y la belleza,  
Y el rico incomoda al pobre

Y el pobre aguanta y se estrecha.  
Allí le distrae un calvo,  
Allá bajo una mozuela  
Que con descoco replica  
A algunas gracias groseras.  
Acá una dama notable  
Por una hermosura extrema  
Llama la atención del vulgo  
Que atrevido la contempla.  
Y allá un hombre de justicia  
Con impavidez austera  
A los chispazos del vulgo  
Oídos hace de piedra.  
Mas otra vez enterados  
Los ociosos, de que aquella  
Detencion no tiene causa,  
Y que la función no empieza,  
Vuelven con largo murmullo  
Memoria á hacer de la fiesta;  
Corre la voz por las gradas  
Y á grados la voz se aumenta  
Y poco á poco concluye  
Gritando la masa entera:  
—Que saquen á la acusada!  
—El acusador que venga!  
Y unos piden el combate  
Y otros claman por la hoguera.  
Crecen la audacia y las voces,  
El tumulto se acrecienta,  
Ni la majestad se mira  
Ni la razón se respeta.  
Y al fin con fúnebre pompa  
De Occidente por las puertas  
Entró cercada de lanzas  
En la liza la princesa.  
Desmelenada venia,  
Sin esperanza, ni fuerzas,  
A pié y en el bello rostro  
El carmin de la vergüenza.  
El pueblo elevó un murmullo  
De ambigüo sentido al verla,  
De compasión á una parte,  
A otra parte de insolencia.  
Dijeron unos:—*qué lástima!*  
*Tan jóven... y una princesa...*

—Y contestaron algunos,  
Esa es la ley verdadera  
La que igual para con todos  
Hasta todas partes llega.  
Aunque muchos por lo bajo  
(Y de virtud mas severa)  
Dijeron: *Esto es venganza;*  
Y si eso al rey interesa  
Matárala en su prision  
Si es que morir mereciera;  
Al menos por excusarse  
Ver en su sangre esta mengua.  
Así el pueblo se dolía  
Pero por fin iba á verla.  
Llevaron á doña Luz  
A un tablado de madera  
Do hay un sitio sin respaldo  
Preparado para ella.  
Detrás se sentó el verdugo,  
Y al pié se hacinó la leña  
Donde debia morir  
A no probar su inocencia.  
Cercaron todo aquel sitio,  
Soldados, y hecha la vénia  
Al rey, los jueces del campo  
Fueron á abrir las barreras.  
Leyóse el pregon dos veces,  
Y al sonar de las trompetas  
Armado el acusador  
Se presentó en el arena.  
Salió por frente al tablado,  
Pero por la parte opuesta  
No pareció un caballero  
Ni se apercibió una seña.  
Volvió á entablarse en voz alta  
La acusacion y en presencia  
Del pueblo fué condenada  
Pues que no hay quien la defienda.  
Rompió en aplausos la gente,  
Prendió el verdugo la hoguera  
Y desplomóse de espaldas  
Desmayada la princesa.  
Perdon! dijeron algunos,  
Y la muchedumbre — ¡Muera!  
Cuando á la puerta del Norte

Sonó aguda una trompeta.  
Calló asombrada la turba,  
Y aperebido á la guerra  
Seguido de cinco pajes  
Entró un ginete á la prueba.  
Con los blasones reales  
Su negro escudo acuartela,  
Caballos trae de batalla  
Y corona en la cabeza.  
Y es personaje sin duda  
De real casa y reales prendas,  
Pues mete en liza escuderos  
Y pajes delante lleva.

V.

EL JUICIO DE DIOS.

Llegó el caballero incógnito Desde Asturias á Toledo.  
A los andamios reales, EL REY.  
Y alzándose la visera Y habeis hecho tanto viaje...?  
Y con el rey encarándose DON FAVILA. (*vivamente*).  
Del infante don Favila Para lidiar como es justo.  
Mostró el severo semblante. EL REY. (*con ira*).  
Quedaron los cortesanos ¡Favila...! por la culpable?  
Atónitos al mirarle; DON FAVILA.  
Perdió la color el rey, Por Dios que he corrido bien  
Y sobre el escaño alzándose Por llegar en este instante.  
Plática entabló con él EL REY.  
Entre iracundo y amable. ¡Sabeis cuál es su delito!  
EL REY. DON FAVILA.  
Primo, seais bien venido. Sé primo, que es nuestra sangre,  
¿Qué viento á Toledo os trae? Y que por no defenderla  
DON FAVILA. Es mengua que se derrame.  
El que vuestros pregoneros EL REY.  
Con vuestras sentencias hacen ¿Tendreis tal vez prueba alguna  
EL REY. De su inocencia?  
¿Sabeis pues vuestra deshonra? DON FAVILA.  
DON FAVILA. Eso atañe  
Vedlo, pues no llevo tarde. A los que esto sentenciaron:  
EL REY. Bástame á mí su linaje.  
¿Habeis caminado mucho? Y sabed que aunque otra fuera  
DON FAVILA. Ser mujer era bastante  
Toda cuanta tierra cabe Para romper yo una lanza

A no defenderla nadie.

EL REY.

¡Noble sois!

DON FAVILA.

Nací en palacio,

Nadie como vos lo sabe.

Y su caballo volviendo  
Dejó al rey, que á replicarle  
Iba, y desairado viéndose  
Dijo iracundo, ¡adelante!  
Fuese el duque don Favila  
Al acusador, y en grave  
Acento y gesto sañudo  
Dijole palabras tales.

—«Yo, para lidiar conmigo

«Os dispenso lo que os falte,

«Y no riño mas que á muerte:

«Ved pues si podeis matarme

«Porque si acabo con vos

«He de daros por infame

«A vos y á todos los vuestros

«A donde la raza alcance.

«Conque á quien Dios se la diere

«Bendígasela su madre.»

Y asiendo un caballo negro

Que de hinojos le dá un paje

Tomó campo don Favila,

Su antagonista imitándole.

Quedó en profundo silencio

La multitud un instante,

Y la atencion fué profunda,

Y el temor inexplicable.

Unos están por el duque,

Otros que el deseo saben

Del rey, anhelan inícuos

Que doña Luz no se salve.

Y otros que ven la nobleza

Del que á la batalla sale,

De la princesa dolidos

Por ella plegarias hacen.

Ellos, mientras, lanza en ristre,

Tendidos hácia adelante,

A la señal de los jueces

Salieron á todo escape.

Viniéronse uno para otro

Y en el medio al encontrarse

Tal nube de polvo alzaron

Que oscureciendo el lance

Por movimiento uniforme

Todos en su asiento alzándose

Tendieron tras de los ojos

Los cuerpos para mirarles.

Y el espeso remolino

Con el viento disipándose

Dejó ver las consecuencias

Del encuentro formidable.

Por valor ó por fortuna

De un bote acabó el combate:

Nadie con el cómo atina

Pero el hecho está palpable.

El bueno de don Favila

Al acusador cobarde

Tenia á sus piés tendido,

Y la lanza asegurándole

Al pecho, le amenazaba

Con morir ó retractarse.

Grande fué entonces el asombro,

Y el bullicio fué muy grande,

Que hay quien á magia lo achaca,

Y otras causas semejantes.

Y el rey que á su favorito

Mira en tan extremo trance

Lanzó á la arena su cetro:

Mas don Favila mas hábil

Antes que á tierra llegara

Pasóle de parte á parte.

Rompió en aplausos la turba

Que todo al cabo lo aplaude,

Gozó don Favila el triunfo,

Y el rey gimió de coraje.

—

Dióse por libre á la infanta

Y empezó á salir la gente,

Cuando confuso tumulto

Se levantó en el palenque;

Asustáronse las damas,

Y hubo voces diferentes

De alarma—¡fuego!—¡á la vega!

¡Fuera!—¡matarle!—¡cogerle!

Y el alboroto redobla

Y en la confusion que crece

Unos á huir se preparan,

Otros á la bulla vuelven.

Allá abajo entre una turba

Se ven apenas los jueces

Con sus insignias por alto

A las que ninguno atiende.

Y suenan voces de riña,

Y puños por alto vénse,

Aunque en verdad del tumulto

Nadie la razon comprende.

Sonaron, por fin, clarines

Del rey, y entraron ginetes

Que despejaron el campo

Con que logran entenderse.

Volvióse la multitud

A los asientos, volviéronse

Con el rey los cortesanos

A sus sitios preferentes,

Y demandando la causa

El rey, fueron á ponerse

A sus piés tres caballeros

Armados hasta los dientes.

Enojado el rey Egica,

Dijoles:—*Quién son? qué quieren?*

Y alzó la voz uno de ellos

Diciendo: *vasallos feles,*

*Amigos de la justicia,*

*Y del difunto parientes.*

*Señor, la misma demanda*

*Entablamos nuevamente,*

*Y á desafiar venimos*

*A su vencedor á muerte.*

Brilló en el rostro del rey

Traidora sonrisa oyéndole,

Y dijo con voz de triunfo

A don Favila volviéndose:

—Primo, ¿admitis la demanda?

Ya veis que con causa viene!

—Que vengan enhorabuena!

Yo traigo quince ginetes,

Y admito por cada cuatro

De mis caballeros, siete.

—Y yo soy con mi sobrino

Mantenedor del palenque,

Exclamó entrando en la liza

Otro, cuya voz potente

Cubrió el rumor que en el pueblo

La nueva noticia mueve.

Frunció las cejas Egica

Viendo al nuevo combatiente

Y exclamó: ¡vos Godofredo

Vais á lidiar!

—Me parece.

¡Eal buen duque, á caballo!

Que hombres de nuestra progenie

Por un contrario de mas

Batalla excusar no pueden.

—No tío, ¡viven los cielos!

Pero algo ha de concederse

A quien como noble lidia,

Y abriga sangre de reyes.

Yo solo mantengo el campo,

Que tiren entre ellos suertes

Y al que le toque, que salga.

Pero, ¡ay de ellos si no vencen!

Todos quedarán esclavos

Para cuidar mis lebreles,

Yo arrastraré al que derribe,

Y escupiré á los que queden.

—Eso sí, sobrino mio.

Mas si por desdicha vencen

Soy tu padrino y no dudes

Que vengaré bien tu muerte.

—Pues á caballo!

—¡A caballo!

Y al punto la lid resuelven,

Sentadas las condiciones

Entre padrinos y jueces.

Volvió á temer doña Luz

Acusada doblemente,

Y el pueblo volvió á gozar,

Porque el pueblo goza siempre.

Salió al combate don Bristes,

Mozo de años veinte y nueve,

De alma relajada y fiera

Y esforzado como un Hércules.

Mucho de su fama y bríos

Por don Favila se teme

Y dicen que el rey nombra  
 Por el mas recio escogiéndole.  
 Ello es que él y don Favila,  
 Lanza en ristre y frente á frente,  
 Apercebidos esperan  
 La señal de acometerse.  
 Diéronse los padrinos  
 Y uno para otro viniéndose  
 En la mitad de la arena  
 Se hallaron bizarramente.  
 Don Bristes de una lanzada  
 Hendió escudo y coselete  
 A don Favila que apenas  
 En la silla se mantiene.  
 Y don Favila mas diestro,  
 Aunque en golpe menos fuerte  
 El hombro derecho á Bristes  
 Certero le desguarnea.  
 Pero ambos en los arzones  
 Con buena prez manteniéndose,  
 Con nuevas lanzas que toman  
 Segunda carrera emprenden.  
 Erró don Bristes el golpe  
 Por fiarse solamente  
 De su fuerza, y don Favila  
 De su falta aperciéndose  
 En un vigoroso encuentro  
 Tendió caballo y ginete.  
 Muerto, al ver que toca en tierra  
 Todos á la par creyeronle;  
 Mas caballero famoso,  
 De su destreza valiéndose,  
 Con rapidez inaudita  
 Tornó á alzarse de repente.  
 Glorioso, arrancó un aplauso...  
 Y por Dios que lo merece,  
 Porque es asombroso lance  
 Y sutilísima suerte!  
 Atónito don Favila  
 Quedó, y receloso al verle  
 Venirsele espada en mano  
 Rabioso como una sierpe.  
 Tambien acudió á la suya,  
 Mas no tan pronto revuelve  
 Que no le alcance del tajo

Mucha parte en el almete.  
 Cargóle el rápido Bristes  
 Colérico por dos veces  
 Y evitóle don Favila  
 Casi milagrosamente.  
 Y siempre entrando y saliendo,  
 Y acuchillándose siempre,  
 Si bien le trabaja Bristes  
 Bien el duque se defiende.  
 Pero viendo don Favila  
 La ventaja que en si tiene  
 Por ser mejor su caballo  
 Al que manda fácilmente,  
 Dió en esquivar á don Bristes,  
 Acechando cautamente  
 Un paso sentado en vago  
 Que descubierta le deje.  
 Con lo que el otro creyendo  
 Que ya don Favila teme,  
 Su afan redobla, y su potro  
 Con tal ímpetu revuelve  
 Que ya doña Luz desmaya,  
 Y ya murmura la gente,  
 Y ya con harto trabajo  
 Los aplausos se confienen.  
 Mas el diestro don Favila  
 Se cierra tan de repente  
 Con Bristes, que ambos á dos  
 A tierra á un tiempo se vienen.  
 Cayó bajo su caballo  
 Don Bristes innoblemente,  
 Y el duque por la garganta  
 Su agudo puñal le mete.  
 Soltó la espada el vencido,  
 Tendió los brazos inermes;  
 Y asieron de don Favila  
 Los padrinos y los jueces.  
 DON GODOFREDO.  
 ¡Dáme los brazos sobrino!  
 DON FAVILA.  
 Tío, matarle no basta,  
 Fuerza es que á toda su casta  
 Llegue su fatal destino.  
 JUEZ.  
 Se abrió el campo caballero

A la lid, no á la venganza.  
 DON FAVILA.  
 Cuanto derriba mi lanza  
 Pertenece á mi escudero.  
 Si en leyes entendeis vos  
 Yo entiendo en lances de riñas,  
 Con que dejad socaliñas  
 Que me cansais ¡voto á Dios!  
 Escudero, en buena ley,  
 De impostores para mengua,  
 Arranca al muerto la lengua  
 Y pónla á los piés del rey.  
 JUEZ.  
 A nadie se permitió...  
 DON FAVILA (con desprecio).  
 Si á nadie se ha permitido  
 Tampoco permiso pido,  
 Que primo del rey soy yo.  
 Con cuyas fieras palabras  
 Desairados los presentes,  
 Los jueces se desconciertan  
 Y el escudero obedece.  
 Y sigue aplaudiendo al duque  
 Con estrépito la plebe  
 Y entréganse despechados  
 Del vencido los parientes.  
 DON FAVILA.  
 Tío, decid á esa dama  
 Si está su honor satisfecho,  
 Y al rey si basta lo hecho,  
 Para volverla su fama.  
 DON GODOFREDO.  
 El rey se partió, indignado  
 Tal vez de tu demasia.  
 DON FAVILA.  
 Mañana será otro dia  
 Y se habrá desenojado.  
 Pues si llora por el muerto  
 No me tendrá en gran favor.  
 DON GODOFREDO.  
 Que lo cuentes es mejor  
 Sobrino.  
 DON FAVILA.  
 Estais en lo cierto.  
 Con que tío, Dios os guarde,

Que he apretado bien los puños  
 Y tengo varios rasguños,  
 Segun creo, y se hace tarde.  
 —  
 Y en tanto que hablaban esto  
 Don Godofredo y el duque,  
 El rey se salió del circo  
 Con ira ó con pesadumbre.  
 Dió por libre á doña Luz,  
 Pero segun se presume  
 Secretos designios guarda,  
 Y negra intencion encubre.  
 Porque al punto que don Bristes  
 Cayó bajo el brazo ilustre  
 De don Favila, sus guardias  
 Con celo que bien no arguye,  
 Asieron de la princesa  
 Y quedó la incertidumbre  
 De si va libre y honrada  
 O si presa la conducen.  
 Ello es que estos pormenores  
 Que por entre el vulgo cunden  
 Sóspechas alzan y miedos  
 Que hacen que asaz se murmure,  
 Y ello es que á hablar en secreto  
 Por la tarde se reunen  
 Los vecinos, y se teme  
 Que en partidos se pronuncien.  
 Porque se habla demasiado  
 Del combate, y atribuyen  
 A Dios mucha parte y dicen  
 Que su mano se descubre  
 Pues que vuelve por el justo,  
 Y no obra el rey cual le cumple.  
 Lo cierto es que hay destinados  
 Cien ginetes que patrullen,  
 Y el rey ha enviado á su primo  
 Un mensaje, que en resumen  
 Le intima que á sus estados  
 Para volver se apresure.  
 Y así se pasó la tarde,  
 Y el mundo en sombras se sume,  
 Y envuelve el cielo la noche  
 Con pabellones azules.  
 Algunas estrellas lánguidas

Acá y acullá relucen,  
 Diseminadas antorchas  
 Que mas que aparecen huyen.  
 La luna asoma á pedazos  
 Por un peloton de nubes  
 Que la circunda fantástico  
 En forma y color voluble.  
 Y al fin por mas que los nobles  
 El juicio de Dios divulguen  
 Haciendo favor al rey,  
 Y por mas que él disimule  
 No queda nadie en Toledo  
 Tan necio, á quien se le oculte  
 Que doña Luz sigue presa

VI.

ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano  
 Y alegre en apariencia  
 Figura á los placeres  
 Quimérica aficion,  
 Y rie y goza y muchos  
 Envidian su existencia,  
 Y un torcedor secreto  
 Le roe el corazon!

—

¡Ay triste del que lleva  
 Los zelos en el alma  
 Y afecta en el semblante  
 La risas del placer  
 Y sus palabras mienten  
 La venturosa calma,  
 Porque suspira ansioso  
 Su contristado sér!

—

Si triste á quien asalta  
 Perdido un pensamiento  
 Cuya horrorosa duda  
 Destruye su ilusion,  
 Y vaga por su mente  
 Cual á merced del viento

Bajel desorientado  
 Sin velas ni timon.

—

¡Ay pobre caballero  
 Cuyo leal cariño  
 Secreto largos años  
 A su beldad guardó,  
 Soñando á su querida  
 Mas pura que el armiño  
 Y al cabo de una ausencia  
 Sin honra la encontró!

—

¿Quién hallará palabras  
 Que al caballero amante  
 Consuelen, ó á lo menos  
 Satisfaccion le den,  
 Cuando en la lengua torpe  
 Del vulgo petulante  
 Prostituido encuentra  
 El nombre de su bien?

—

¡Ay! la princesa amaba  
 En otro tiempo á un hombre  
 Que los rabiosos zelos

Estimuló del rey,  
 Y de quien no bastaron  
 A descubrir el nombre,  
 Ni el pavoroso juicio  
 Ni la sangrienta ley.

—

Si aun la ama, si el delito  
 Tal vez es verdadero,  
 ¿Por qué por honra propia  
 No viene á combatir?  
 ¿Por qué si la ha infamado  
 No sabe el caballero  
 Satisfacer cual noble,  
 O cual leal morir?

—

Mas pues la acusan todos  
 Habrá razon alguna  
 Para que todos la hagan  
 Tan vil imputacion:  
 Y entonces ¡ay! ¿quién sabe  
 Si por fatal fortuna  
 Ajeno será el crimen,  
 Y ajena la pasion?

—

Y ¡ay triste del que lleva

Los zelos en el alma  
 Y afecta en el semblante  
 La risa del placer,  
 Y sus palabras mienten  
 La venturosa calma  
 Porque suspira ansioso  
 Su contristado sér!

—

Mas doña Luz á solas  
 Llorando sin consuelo  
 Por su galan oculto  
 Se afije sin cesar,  
 Y prematura muerte  
 De hinojos pide al cielo  
 Si acaso pudo ingrato  
 Su corazon cambiar.

—

Y acaso en este instante  
 Con torcedor secreto  
 Los zelos se apoderan  
 A un tiempo de los dos,  
 Y van por dos caminos,  
 Entrambos á un objeto,  
 El uno en pos del otro  
 De su ventura en pos.

Está avanzada la noche  
 Fria por demás y oscura,  
 Apagadas las estrellas  
 Y encapotada la luna.  
 Sopla á ráfagas el cierzo  
 Y aunque tormentoso nunca,  
 Segun por donde se arrastra  
 Silba, gime, brama ó zumba.  
 Todo en Toledo reposa,  
 Y negra, apiñada y mustia  
 Se vé la ciudad que á trechos  
 En la sombra se dibuja.  
 Y allá por entre las peñas  
 Del valle opaco en la hondura,  
 Se oye el ronco son del agua  
 Del Tajo, que se derrumba  
 Entre los rudos peñascos  
 Alzando hervorosa espuma.